



J. A. BENACH, «Galatea. Un Sagarra fríamente investigado», a *El Correo Catalán*, 27-I-1972.

Con *Galatea*, en el «Moratín», el «Nacional» de Barcelona inaugura una nueva etapa de su saltarina e incierta peripecia. Al servicio del texto de Sagarra, hemos visto un ambicioso montaje de Ricard Salvat, una importante escenografía de Yago Pericot y una interpretación mucho más que correcta de la compañía «Àngel Guimerà». La obra, sin embargo, mereció una primera acogida simplemente cordial. Personalmente y aunque el dato sea accesorio, debo decir que la representación me pareció lenta, pesada y fría, lo cual, evidentemente, no impide reconocer el interés del respectabilísimo trabajo realizado para poner en pie una de las obras más «problemáticas» e históricamente significativas de Josep M. de Sagarra.

Es posible que en la singular condición de *Galatea*, en el texto mismo, residan los pecados y las virtudes de esa aventura escénica que aguardábamos con expectación. La participación de la compañía «Àngel Guimerà» en el atinado homenaje a Josep M. de Sagarra le planteaba a Ricard Salvat la necesidad de optar por el autor de

arrolladora fuerza versificadora, por el excepcional manipulador de la fibra sentimental del pueblo o por el Sagarra que en un momento dado, en la segunda mitad de los años cuarenta, quiere proponer un «aggiornamento» teatral con *Ocells i llops*, *La fortuna de Sílvia* y *Galatea*, obras con las que intenta elaborar «un teatre més d'acord amb la meva consciència i més d'acord amb el clima espiritual del nostre temps». Un tiempo que se llamaba recordémoslo, 1948. Como es sabido, ese teatro de Sagarra no sería, sin embargo, aceptado; sus pocos partidarios se vieron arrollados por el público que no deseaba otro autor que aquel Sagarra amarrado a perpetuidad en su «Hospital de la Glòria», para entendernos. Y el poeta-dramaturgo regresó a esta mansión mucho más confortable. Salvat optó, pues, en esta ocasión por el teatro «renovado» de este clásico contemporáneo. Y creo hizo bien. En primer lugar, por la mayor exigencia que en él había puesto su autor. En segundo término, por cuanto *Galatea* es una de las obras menos conocidas de Sagarra. «De fet —explicaría el propio Sagarra en el prólogo al III volumen de sus obras completas— *Galatea* és una obra que encara no s'ha estrenat; perquè en el marc (el «Victòria»), l'ambient, el

clima i les circumstàncies més que un naixement teatral amb tots els ets i uts, produïren un abortament [sic] lamentable.» De otro lado, su presentación en Romea cuando el centenario de este local el año 1964, no supuso restar el carácter de novedad que tiene la obra para muchas actuales generaciones que nos acercaríamos a su lectura después de aquella fecha.

Diría que la adopción de esta iniciativa escénica ha supuesto elegir el camino del riesgo. En realidad el encuentro de *Galatea* con el público sigue teniendo un aspecto conflictivo y pienso que intentar esclarecerlo forma parte de los objetivos de una empresa que ha de tener otros objetivos que los puramente comerciales. Y ello, aunque al final del intento únicamente quede el rescate documental de una obra susceptible de explicar un determinado momento creador de uno de los hombres más notables que ha dado la moderna literatura de este país. Sólo eso. Un rescate que, creo yo, agota ya todas las posibilidades de *Galatea* al recrearse este texto con un afán auténticamente investigador. En su búsqueda el propio Salvat ha elegido la única reconciliación posible con una obra que en cierto modo seguía siendo sobre el papel un

enigma. Ha sido la de Ricard Salvat una decisión rotundamente profesional y del todo punto válida para el conocimiento de los valores que conforman la tradición más reciente de nuestro teatro.

Si hablo de reconciliación es por lo que sigue. Refiriéndose a *Galatea* y a *La fortuna de Sílvia*, Ricard Salvat escribía años atrás (*El teatre contemporani* I, pág. 206): «Les obres, si bé pretenien registrar un estat de consciència europeu, es produïen únicament com a pastitx, sense cap mena d'arrelament a la circumstància viscuda, ni al país, ni a la gent del país. En general la indiferència del públic no vol dir res, en aquest cas possiblement era conseqüència de la falta d'autenticitat del que s'estava produint en escena». Y añadía Salvat: «Malgrat tot, *Galatea* en ser representada en el marc del Centenari del teatre Romea, va ser per al públic més jove una sorpresa». ¿Cómo puede explicarse que teniendo esta concepción de la obra, Salvat haya querido abordarla en el momento presente? Pienso que actualmente la supuesta «inautenticidad» de la pieza habrá adquirido un carácter «histórico» y que el tiempo no habrá modificado en todo caso este extremo. A lo sumo veinticuatro años, más desde que fue escrita, habrán

envejecido inexorablemente la comedia anclada en una «època de confusió històrica i moral, produïda per la guerra». No creo que Salvat pretenda decirnos que ésta tenga alguna incidencia sobre el espectador de hoy; simplemente ha tratado de resaltar los elementos que intervinieron en la elaboración de *Galatea*, desligándolos de la función que pretendieron cumplir en su tiempo y presentándolos como un retablo de la época que estéticamente resultara digerible para una sensibilidad actual.

En este sentido el montaje de *Galatea* entraña una cirugía de la que se extraen los valores simbólicos de los personajes y los ingredientes del conflicto individuo-sociedad que se operaba en la filosofía existencialista de la Francia de posguerra: «l'oposició entre el món idealista i el món materialista», según expresa Salvat, que quería reflejar la obra. Ésta la escribió Sagarra durante su estancia en el vecino país en 1947. El tema de *Galatea* le venía sugerido por una «dama de les foques» que había visto actuar en el Circ Gleich en Barcelona el año 29. Sobre el personaje inventó el drama —obra «negra» fruto de aquella coyuntura— con los desarraigados, con los hundidos, con

los oportunistas con el pesimismo a flor de piel de una sociedad desconcertada a la que la conciencia lúcida y elemental de Jeremías ofrecía unas propuestas de rehabilitación. No sé si era falta de autenticidad lo que la hizo fracasar en 1948. Acaso influyera más la lejanía de Francia impuesta por unas fronteras verdaderamente herméticas, y sobre todo aquel encasillamiento que el gran público había decretado para su autor. Hoy creo que esto cuenta poco. La farsa —así la llama Sagarra—, el drama, con el tiempo, el melodrama, ha perdido sensiblemente el vigor que podía tener en su día. Faltaba, no obstante, esta abstracción de los elementos que la alumbraron, el estudio de la idea de Sagarra desde la perspectiva de hoy. De ahí el expresionismo del montaje y el acento que una escenografía magnífica, de indudables cualidades plásticas, pone en el símbolo.

Intentaba imaginar durante la representación una versión naturalista de *Galatea* y me entraban escalofríos. La obra, con diálogos de largas parrafadas, con una anécdota de un interés específico realmente mínimo, habría sido el puro naufragio aunque quizás algunos agradecieran la, digamos, fidelidad a su tiempo. *Galatea* «como en su tiempo» no se

aguantaría. Es por ello que me parece mucho más válido este trabajo que da un sentido enriquecedor al homenaje a Sagarra. Pensar que por una cuestión de supuesta respetabilidad hubiera sido más aconsejable una «Galatea-1948» a, pongamos por caso, *Les vinyes del Priorat* equivale a reducir grotescamente la función que cabe esperar de la compañía subvencionada «Àngel Guimerà».

Desde la validez de su planteamiento, varias cosas pueden censurarse al montaje. La más grave, el énfasis, la dramatización excesiva de la historia con los movimientos de las figuras que asisten a la acción central; tales movimientos suponen un «entrar en el juego» del drama, en definitiva, pequeñas traiciones, a la distanciada visión de los elementos que en este intervienen. En segundo lugar, una falta de dinamismo en el relato, servidumbre en gran parte impuesta por el texto pero que no ha sabido romper con la agilidad y el ritmo precisos. Por último, me parece evidente que las dosis de ironía que se distribuyen a lo largo de la obra no han logrado mantenerse a flote. La seriedad ha sido demasiado rigurosa y no ha permitido las necesarias inflexiones que hubiesen aligerado la pesadez de la representación a que al comienzo aludía.



Muy estimable el trabajo de los intérpretes con una inteligente caracterización de cada uno de ellos. Me parece que Teresa Cunillé resuelve perfectamente bien el papel principal de «Galatea». Ha contribuido para mí una auténtica sorpresa el trabajo de Albert Socías en el papel de «Jeremías» el payaso; el joven actor despliega resolución y desenvoltura en el difícil personaje. Ramón Durán confirma su maestría y en general, todo el conjunto trabaja a una altura muy estimable. Acaso Olga Peiró tienda a un naturalismo y a un «teiatru» inadecuados al tono del montaje pero el equivocado matiz que imprime a su breve papel puede fácilmente corregirse. Desde luego, el trabajo de los actores está en una línea de absoluta coherencia con el interesante trabajo investigador que ha realizado el equipo dirigido por Salvat. Espléndida la música de Manuel Valls de una contenida, sugerente evocación.

No obstante, la frialdad queda ahí. No obstante, ¿podría hacerse con *Galatea* algo más que este trabajo de laboratorio?